

36.- “Don del Espíritu”

Siempre y en todo lugar
será bueno y justo darte gracias, Dios nuestro,
Padre misericordioso, porque nos amas
y haces salir el sol sobre todas las personas, hombres y mujeres.

Pero hoy queremos bendecirte por algo especial:
por el don que por tu Hijo haces al mundo.
Lo hiciste al principio,
cuando incubabas el universo con el calor del Espíritu,
para que pereciera la tiniebla
y naciera un mundo de luz y vida,
que pudiera albergar al ser humano.

Te alabamos por la acción de los profetas,
que lo anunciaron como don interior y universal,
para cuando Tú lo derramaras sobre toda carne,
dignificándola con tu toque de gracia y amor.

Tú estabas y estás en Jesús, tu Hijo,
que acogió a los pecadores y comió con ellos.
Tú, Padre de todos, has repartido tu hacienda entre tus hijos pródigos,
que derrochan la fortuna de tus dones “viviendo perdidamente”.
No te cansas de esperar,
perdonas siempre sin sombra de rencor,
y permites que celebremos la fiesta del retorno
cuando pedimos perdón y nos acercamos a ti.

Te damos gracias también, Padre,
por el Espíritu que habita en nosotros,
don inefable que llevamos en vasijas de barro.
Él derrama tu amor en nuestros corazones
y nos hace sentirnos amados, perdonados, reconciliados.

Él nos inspira un cántico de alabanza en tu honor:
SANTO...

Santo eres en verdad, Señor, y digno de toda alabanza
porque has querido que la plenitud del Espíritu,
que llenaba a tu Hijo, se transmitiera a todo.

Al recordar hoy el ministerio de tu Hijo,
y su mensaje de reconciliación,
nos acordamos de su entrega para el perdón de todos.
Por eso te pedimos que ese mismo misterio
se renueve entre nosotros.
Envía tu Espíritu sobre estos dones de pan y vino
para que sean cuerpo y sangre de Cristo
y portadores de tu Espíritu.
Así nos enseñó tu Hijo a hacerlo,
cuando sentado a la mesa, tomó el pan....

Nosotros, ahora, al hacer memoria de su muerte salvadora,
y mientras esperamos confiados su vuelta,
te pedimos, Padre, que envíes tu Espíritu Santo
para que santifique nuestra ofrenda y nuestras personas
y nuestro culto te sea agradable.

Que él purifique nuestra comunidad,
para que libres de rencor y enemistades,
participe en la comida fraternal del cuerpo y la sangre de tu Hijo.

Reconciliados contigo por la confesión de nuestros pecados
y por tu perdón , nos acercamos a la mesa
que nos reúne a todos en torno a un mismo cuerpo.
Que esta comida sea sacramento de salvación para nosotros.
Que el Espíritu nos dé fuerza para luchar por la verdad, la justicia y el amor;
luz para comprender a todos, ayuda para servir,
profundidad para amar, paciencia para esperar.

En comunión con toda la Iglesia, santa y pecadora,
y con todos los hombres y mujeres,
haznos instrumentos de reconciliación
para ir construyendo un hombre nuevo, una mujer nueva
y una sociedad nueva, fraterna y solidaria,
en la que podamos alabarte sin cesar:
POR CRISTO, CON ÉL Y EN ÉL...